Durante los espantosos y agotadores meses en que los medios de comunicación informaron a diario sobre los repetidos abusos de Harvey Weinstein hacia las mujeres, me percaté de que yo misma, como tantas otras, me hacía preguntas y hablaba sobre los hombres de mi vida: exnovios, exacosadores, exabusadores, extocones. Mis amigas y yo echábamos la vista atrás de forma intermitente, alteradas, hacia todo lo que habíamos soportado, todo lo que habíamos callado, y observábamos a nuestro alrededor las cosas que ahora nos molestaban. A lo largo de ese otoño y ese invierno, contamos y recontamos nuestras historias, las reconsideramos desde una nueva perspectiva y mencionamos con cautela detalles que conocíamos de la vida de otras personas, recuerdos turbios, hechos que no habíamos comentado en años. Hablábamos con una rabia y una franqueza renovadas, con una renovada sensación de estar autorizadas a hacerlo... y quizá también con una renovada sensación de naturalidad. Cuestionábamos a todos los hombres que habían pasado por nuestras vidas, todas las formas de poder patriarcal, pero raras veces hablábamos de nuestros padres.

Poco después de que se hicieran públicas las acusaciones contra Weinstein, su esposa, Georgina Chapman, anunció que

se divorciaba de él. Y a mí me dio por pensar: ¿Y qué pasa con las hijas? Una puede, al menos en teoría, divorciarse de un marido, pero no es posible divorciarse de un padre.

En su poema «Noche de domingo», Sharon Olds cuenta cómo su padre, cuando comían en familia en un restaurante, llevaba

su mano a la falda de la camarera
a la menor ocasión: mano, muñeca,
antebrazo.

Olds señala que nunca previno a las jóvenes.

¡Ups!, decía él, como si todos
lo pasáramos
en grande.

Ella fantasea con clavar un tenedor en el brazo del padre, con escuchar «el chillido del músculo», con sentir «el resbalón sobre el hueso».

A veces
imagino que me cuelo bajo las faldas
de las mujeres que mi padre ofendió, aquellas
campanas de
misterio, aquellos sagrados bosques techados.
Quiero barrer, asear, ordenar...
hacer algo, limpiar esa cuadra
que es la mente de mi padre.

La intención de Sharon Olds es de desagravio: quiere curar las heridas infligidas por su padre; quiere utilizar el lenguaje para restablecer la dignidad y la belleza. ¿Pueden las palabras hacer que el tiempo retroceda, deshacer el daño? Desearíamos que

podieran, pero ¿quiénes somos cuando lo intentamos? ¿En la piel de quién escribimos?

* * *

En su libro autobiográfico *Apegos feroces*, Vivian Gornick cuenta horrorizada que se siente consumida por su madre. Evoca las íntimas relaciones familiares como una contaminación, una infección:

Me ponía la piel de gallina. [...] Su influjo se asía como una membrana a mis fosas nasales, a mis párpados y a mi boca abierta. La introducía en mí cada vez que inhalaba aire. Me adormecía dentro de su atmósfera anestésica.

En este caso, la intimidad es un tipo peligroso de interpenetración; la intimidad es narcótica, una amenaza para la consciencia, la vigilia, el estado de alerta. Las barreras se rompen, o jamás llegan a establecerse, y se produce una fusión. Habitamos, nos transformamos y remedamos a nuestros progenitores. Los llevamos dentro; estamos hechos de ellos, para bien y para mal.

Sharon Olds, como Gornick, ha escrito largo y tendido sobre su propia vida —sobre sus padres, su marido, sus hijos, su divorcio— y ha tenido que lidiar durante años con las acaloradas reacciones a estos textos. Todo el mundo presupone e insiste en que escribir desde la propia experiencia es sinónimo de desnudez y vulnerabilidad. Y en cierto sentido es así, en gran medida porque las convenciones del lenguaje y la sexualidad que se aplican a las mujeres las hacen vulnerables al dictamen, al escarnio y a la violencia. Pero la insistencia en la vulnerabilidad que comporta la escritura en primera persona insinúa algo más: es una elección literaria que no solo desnuda, sino que también protege. Escribir es un ensalmo, conjura una

nueva persona y erige un muro protector. Es capaz de generar una distinción clara y feroz entre el yo y los demás. Posibilita el descubrimiento de un modo de «existir como uno mismo, y de relacionarse con los objetos como uno mismo, y de tener una persona dentro de la cual poder retirarse para el relajamiento».

Así es como el psicoanalista Donald Winnicott describió la experiencia de «sentirse real», una experiencia que depende de una educación temprana positiva, de unos cuidados maternos «suficientemente buenos». (Su retórica refleja que, históricamente, han sido las mujeres quienes han cargado con el peso de la educación temprana, aunque subrayó que el rol de la madre suficientemente buena puede ser desempeñado por otros.) Para Winnicott, esta experiencia suficientemente buena implicaba que la madre se entregase en cuerpo y alma al bebé, que gestionase con flexibilidad la frustración y decepción de este y que fuera capaz de tolerar y superar sus agresiones. La madre debe ser capaz tanto de reflejar al niño como de resistir sus impulsos destructivos; debe ser capaz de permitirle establecer con ella una «relación cruel», un «abuso benigno».

Para los padres, el gran reto de la educación es alimentar un entorno que sea, como describió Adam Phillips en su libro sobre Winnicott, «lo bastante elástico y receptivo para soportar el enorme impacto del impulso del amor primitivo»... y el enorme impacto de la agresión. «¿Para que un niño crezca de tal modo que pueda descubrir la parte más profunda de su naturaleza —escribió Winnicott— es necesario que alguien sea desafiado, e incluso odiado por momentos [...] sin que exista el peligro de una ruptura definitiva en la relación?».

* * *

Existe una larga relación, a menudo antagónica, entre el feminismo y el padre. Con frecuencia, la crítica de la familia patriarcal ha provenido de las feministas blancas de clase media, en particular mujeres históricamente atrapadas en el hogar burgués, deseosas de emanciparse de la familia y entrar en el mercado laboral. En 1938, Virginia Woolf utilizó de forma contundente la figura del padre contrapuesta a la figura del trabajo en su libro *Tres guineas*. Su largo ensayo versa sobre el acceso al mundo profesional de las «hijas de hombres instruidos», y reflexiona en torno a las repercusiones de la ley de 1919 que se lo permitió:¹ «Las puertas de las casas privadas se abrieron».

La propia Woolf no era ajena al concepto del padre tirano y posesivo; su padre, Leslie Stephen, fue el modelo en que se inspiró para describir a los padres victorianos en sus obras de ficción: en *Los años*, en *Noche y día*, en *Alfaro*—. Leslie Stephen ejercía un control asfixiante sobre sus hijas, especialmente sobre su hijastra Stella Duckworth, control que se redobló tras la muerte de la madre, Julia Stephen.

Hermione Lee cuenta que, tras la prematura muerte de Julia, Leslie Stephen «se adueñó completamente de Stella como sustituta, y ella se lo permitió». En «Recuerdos», texto escrito entre 1907 y 1908, la propia Woolf lo describía de este modo:

Creo que Stella ni siquiera por un momento perdió la serenidad durante aquellos meses en que tu abuelo más agobiado estuvo. [...] A veces, por la noche, Stella pasaba largo rato a solas con él, en su estudio, escuchando una y otra vez la amarga historia de su soledad, su amor y sus remordimientos.

1 Se refiere a la decimonovena Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, que estipula el derecho a voto de las mujeres. (Todas las notas son del traductor.)

Stella era el público sobre el cual Leslie Stephen descargaba su aflicción, a pesar de la aflicción que ella misma padecía y de que, de forma implícita, recaía sobre ella el cuidado de sus hermanastras Virginia y Vanessa. Para colmo, Leslie castigó a Stella por intentar abandonar el hogar familiar para casarse: su matrimonio se pospuso varios meses a causa de la angustia paterna. En un texto de 1939 titulado «Memoir», Woolf volvía a recordar aquella época, como hacía cada cierto tiempo, con estas palabras:

Cuánto tortura y exacerba la estructura familiar [...] Creo que de haber logrado que padre dijese «tengo celos» en lugar de «eres egoísta», la atmósfera familiar se habría tornado más límpida y luminosa.

No es de extrañar que Woolf depositase sus esperanzas en el mundo laboral como antídoto contra el padre opresivo. Esa era, en parte, la tesis de *Una habitación propia*: son el dinero y la independencia de la familia los que permiten escribir a una mujer. Y también es la tesis de *Tres guineas*, donde postula que si las mujeres han de ejercer cierta influencia, una influencia distinta de la influencia vulnerable y dependiente que ejercen dentro de la familia patriarcal, esta residirá en la capacidad de sostener entre sus manos «una nueva arma, nuestra única arma, el arma de la opinión independiente basada en los ingresos independientes».

Sin embargo, esta jerarquía de lo público sobre lo privado —de las libertades que ofrece la vida profesional sobre las restricciones familiares— se entrelaza con los privilegios sociales. Como escribió bell hooks en 1984, «muchas mujeres negras decían: ‘queremos tener más tiempo libre para pasarlo con la familia, queremos abandonar el mundo del trabajo alienante’». Y los puestos de trabajo a los que siempre han estado relegadas las mujeres menos privilegiadas quizá no conciten una promesa de libertad tan seductora.